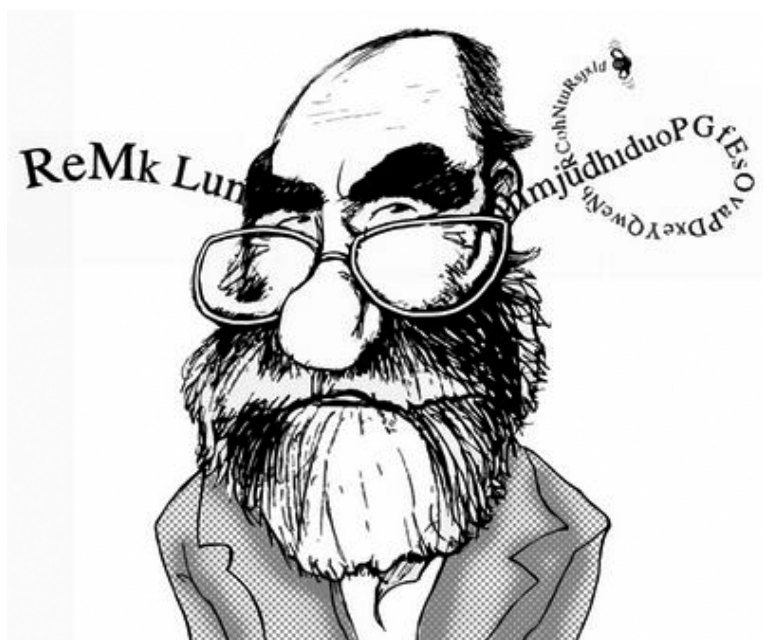


ROBERTO MERINO
y el escepticismo socarrón



ROBERTO MERINO (1961)

Es uno de los cronistas más relevantes de nuestro tiempo. Posee también una destacada trayectoria en edición periodística. Ha trabajado en revistas como *Paula y Fibra* y ha publicado en revistas, catálogos y suplementos, artículos y ensayos sobre literatura y artes visuales. Ha impartido clases en diversas universidades y actualmente se desempeña como académico de la Facultad de Comunicación y Letras de la Universidad Diego Portales.

Merino es autor de los poemarios *Transmigración* (1987) y *Melancolía Artificial* (1997). A ello se suma *La Antología literaria del humor chileno* (2003), *Luces de Reconocimiento* (2008) y los libros de crónicas *Santiago de Memoria* (1997), *Horas perdidas en las calles de Santiago* (2000) y *En busca del loro atrofiado* (2005). Estos tres últimos fueron utilizados para la elaboración de este capítulo así como crónicas publicadas en diario *Las Últimas Noticias* entre los años 2005 y 2007.

Caricatura: ORCULLO

“El verdadero viaje de descubrimiento no consiste en encontrar nuevos territorios, sino en mirar con nuevos ojos”, dijo Marcel Proust alguna vez. Eso es precisamente lo que acostumbra a hacer Roberto Merino en sus columnas las que, pese a su brevedad, pueden contener una notable dosis de observadora humanidad. Él mismo lo señala: El mundo se constela de individualidad en individualidad, y la crónica es probablemente el formato más adecuado para dar cuenta de esa figura movediza. No por nada el subgénero es —Inglaterra mediante— remotamente heredero de Montaigne, cuyos ensayos perfilaron a un hombre que se observa cambiar en un mundo que cambia a su vez. La rapidez del bosquejo ofrece la posibilidad de anotar intuiciones precisas —como el efecto del golpe de una piedra a en un exiguo poste— y al mismo tiempo considera el riesgo de la imprecisión.

Provisto de una memoria alerta, socarrona y nada nostálgica, Merino registra y da forma a esa secreta cotidianeidad que nos constituye en donde se trasunta la situación existencial de un sujeto. Así ciudad e individuo, gesto personal y rutina social, circunstancia y epopeya quedan definitivamente fundidos en un retrato de conmovedora realidad.

SANTIAGO ¿ES CHILE?

Me parece que estamos viviendo un valioso momento de estabilidad. No se me ocurre que exista alguien dispuesto a trocar la **mediocridad** de nuestros días por pasajes más interesantes de la historia de Chile. ¿El

odio de 1891, los levantamientos de 1905, la incertidumbre de 1932, la pelotera de 1973, el marasmo de los años posteriores?

A diferencia de muchos de mis amigos, vengo de una familia notoriamente despistada en cuestiones políticas. Mi abuelo no votaba y a mi abuela una vez la convencieron en la fila de que cambiara su voto y apoyara a un tal Prat. Para 1964, cierto tío mío del campo anunciaba que iba a votar por Allende, “porque es el único que puede poner en orden a estos rotos”.

Indudablemente este es un país donde es difícil ser distinto y cualquier despiste aunque fuera “poco extravagante” se paga caro. Hasta hace un par de décadas el aspecto de los santiaguinos estaba regido por la más severa uniformidad. Quien salía de la norma oficial se exponía a la pulla de los obreros y a los consejos indulgentes de las amistades de ocasión. Dicen que a comienzos de los 60, el pintor Mario Cisternas era uno de los pocos que se atrevía a andar por la calle con el pelo largo. Todos los días lo escupían por la espalda. De los andamios de las construcciones le llovían improperios que ponían en duda su virilidad.

Ese miedo a salirse de la norma es, de algún modo, lo que nos ha impedido ver realmente nuestro entorno. Santiago sigue siendo un hervidero de la picaresca clásica, y en esto, me parece, es igual a cualquiera de las grandes ciudades del mundo. Por eso la recurrente proposición de que “Santiago es fome” habla más que nada de la fomedad de quienes la enuncian, por lo general personas pendientes de la cartelera cultural y muy poco de la vida que pasa ante sus ojos.

Que seamos aburridos no nos impide ser ágiles para aprovechar oportunidades, para no decir que somos oportunistas... Episodio curioso es el que vivió un taxista recientemente tras un choque en la esquina de Matta y Vicuña Mackenna. El auto se da vuelta y el pobre hombre, cabeza abajo y machucado, ve que se acercan algunas personas. Exánime, saca el brazo por la ventanilla, solicitando auxilio: le roban el reloj. No sólo no recibe ayuda, sino que le desmantelan el auto. Se llevan, a velocidad de pirañas, los espejos, las tapas, la radio. Y cuando parecía que no había ya más beneficio que rapiñar, dos individuos atraviesan la calle corriendo con bidones de plástico y una manguera para aprovechar la bencina.

De allí que la desconfianza se nos haya impregnado en el ADN. En Chile este tipo de escepticismo socarrón es endémico. Pareciera que

los engaños de los caciques políticos, y de los poderosos en general, han logrado despertar a la gente una alarma genética ante cualquier versión o proposición. Hace unos años, escuché contar a un huaso que, cada vez llegaban curas al fundo, él se negaba a confesarse. Temía que fueran “ricos” disfrazados para averiguar en qué maldades andaban los inquilinos.

Expresión de lo mismo es una suerte de desubicación a la hora de proyectar nuestra imagen como país. Da un poco de escalofrío el intento de establecer qué cresta éramos en 1974. Cuando se inauguró el Mundial de Fútbol de ese año, la delegación artística chilena pretendió lucirse con una cueca bailada por María Eugenia de Ramón y una suerte de aria nacionalista interpretada por un señor vestido de huaso: “Chile, donde aprendí a querer, donde aprendí a sufrir, donde quiero morir... Chileeeeeee”. La imagen propia devuelta por la indiferencia de unos tenues aplausos en un estadio alemán gigantesco era absurda, vergonzosa. Había cierta falsedad en el número criollista, pero tampoco teníamos mucho más que mostrar. ¿Una alegoría de la extracción del cobre?

Estoy hablando, claro, de una sensación subjetiva de desaliento, pero también de un país quebrado, sin perspectivas, dominado por los slogans de un discurso odioso y revanchista de una capital sin muchos restaurantes, sin vida, con un comercio de vidrieras mortecinas.

La cotidianidad era técnicamente aburrida. De vez en cuando se escuchaban balazos por las noches, o se avistaba un par de platillos voladores, o allanaban una casa vecina. Si Ringo Starr grababa *Only you* y John Lennon *Stand by me* —en un fugaz revival de los años cincuenta—, los tontos opinaban que cantaban mal, que no tenían “voz”, recalcando su preferencia por Estela Raval o Ramón Vinay.

¿Qué hay en nuestro entorno que nos hace ser así?

A veces me pregunto si Santiago tiene un conjunto de características propias que inciden en la estructura anímica de sus habitantes. Sin duda es una interrogante difícil de responder.

Es posible que la presencia del río haya influido psicológicamente en nosotros a través de los años. Me parece que lo miramos y lo consideramos más de lo que estaríamos dispuestos a confesar, y que nos devuelve una imagen de incompletitud. Es una corriente sucia y escuálida que no alcanza a imponer ante nosotros una condición metafísica.

En sus orillas no hay —no puede haber— actividad de ninguna clase, como no sean las de la empedernida miseria. En este sentido, podría decirse que somos individuos carentes de río, y, por lo mismo, poco fluidos, reconcentrados y de ideas de corto alcance.

No es lo mismo, por cierto, contemplar el paso del Támesis o de Sena, con sus márgenes amplios y un pasado caudal que se pierde sinuosamente en los campos amables, con misteriosas casas ribereñas. Creo que la mayoría de los santiaguinos no sabemos qué pasa con el Mapocho más allá de las proximidades de la estación.

Esa imagen de incompletion se acentúa si miramos la arquitectura de la ciudad. Por angas o por mangas, a las construcciones santiaguinas de algún valor —arquitectónico o sentimental—, les llega la hora más temprano que tarde. Antes era el empobrecimiento de determinados sectores lo que motivaba la muerte lenta de dignas casonas: abandonadas por sus antiguos dueños, iban cayendo en un estado de postración y deterioro progresivos, ocupadas por el comercio al menudeo o por el conventillo insalubre. Hoy es otra la modalidad: es el explosivo enriquecimiento el que invoca a la muerte, que se aparece al instante, no ya agitando la guadaña sino la picota.

Decía la otra vez un sociólogo que los santiaguinos pensábamos que nuestra ciudad se parecía a Madrid, omitiendo deliberadamente lo mucho que se parecía a Lima. Hablaba con delectación, como si el fracaso del sistema de transporte público no hiciera más que probar sus tesis. Yo creo que estaba equivocado. Hace muchos años que se dejó de pensar en Madrid como modelo, al menos desde comienzos del siglo XIX.

Hay barrios de Santiago que no se parecen, por lo demás, a nada. No podríamos definir de manera eficaz, por ejemplo, a la calle Santa Isabel, por donde desviaron a los buses el día de las manifestaciones. Los pedregales y los paredones grises se alternan con los edificios en construcción, mezclándose el espíritu de iniciativa bursátil con el del abandono y la mugre. En las sucesivas esquinas se apuestan personas inclasificables, que aprovechan la luz roja de los semáforos para pedir colaboraciones a los automovilistas. En la esquina de Carmen vimos, durante todo el verano, al Hombre de Plata, un sujeto que hacía de estatua humana a pleno sol, cubierto de un traje sintético, taponeada la cara con pintura de aluminio, y un poco más allá a una mujer

famélica, consumida, que salía de entre los árboles para exponer su condición fantasmal.

Toda esta fealdad no hace pensar en Lima sino en una entidad primitiva que habita en el trasfondo de nuestra sociedad y que se niega a abandonarnos. Quiere exhibirse tal cual es, desnuda y averbal. El chivateo de la multitud nos perturba porque nos despierta sordas e inconscientes imágenes de saqueos, incendios y malones.

Hoy día Santiago vive la monstruosidad de la desmedida con una escala deshumanizada que la convierte en la tierra de Don Nadie. Nunca como ahora se dio entre los santiaguinos una experiencia tan atosigante de la masa. La masa, es decir, la incesante y renovada muchedumbre cuyo flujo generalizado ocupa las calles, los subterráneos, los cines, los malls, los estacionamientos, las farmacias, los cafés, las clínicas, los centros de pago. Ya no existe casi un lugar donde nos atiendan de modo expedito: siempre hay gente que llegó antes, señoras con el número en la mano, casos más urgentes que el nuestro. Da la impresión de que por todas partes hay infinitos grupos de personas dispuestas a usufructuar de bienes y servicios, a hacer uso de sus derechos, a disfrutar de “la oferta gastronómica y cultural”. Sin duda, las nuevas ramificaciones del metro han incidido en esta especie de implosión de población flotante.

(...) Desde los años veinte que se viene hablando de este fenómeno en Santiago, pero me parece que antes se trataba más bien de un reflejo teórico. Cuando hace cuarenta años decían “pucha que hay gente en el centro”, bastaba retirarse un par de cuadras y alcanzar el Parque Forestal: ahí, entre los árboles, se podía encontrar el descanso silencioso y sombrío, e incluso era posible dormir un rato acompañado por el entrópico ruido de una caída de agua. Hoy el parque está lleno de molestias: han llegado las levas callejeras, los macheteros, los merodeadores. El pasto está sucio, e incluso hace unos meses, junto a la estatua de Rubén Darío, podía verse un sillón de living, propiedad de un vagabundo afincado.

Es imposible tener hoy una idea coherente de Santiago. El discurso de la desestabilización del centro, de moda en los años ochenta, parece haberse manifestado por fin en la realidad. No habría hoy un centro sino muchos, y los individuos transitarían indistintamente entre uno y otro, haciendo irreconocibles los márgenes o límites.

Hay sectores de la ciudad que son la escenografía perfecta para el cotilleo. No conozco otro lugar como Providencia donde uno se entere de tanto relato ajeno. Es cuestión de sentarse un rato en un café y parar un rato la oreja: quiebras de fondos, litigios bancarios, proyectos de películas, filosofía del teatro, amores envenenados. Todo esto contado con voces un poco engoladas, con conciencia de la disertación.

Con estas dimensiones descomunales que imponen la falta de individualidad, si no se vive la tiranía del automóvil, estamos a merced del taxista. Los chóferes de taxi suelen ser víctimas de sus pasajeros, pero también victimarios. A menudo asaltan con opiniones políticas, sociales y económicas o con largas relaciones biográficas. Sólo a veces estos excesos de confianza resultan amenos. Casi siempre son latas memorables relativas a dudas religiosas, a la rentabilidad de las AFP o a los buenos que eran los tiempos de la mano dura de Pinochet.

El latero, con todo, no es patrimonio de los taxistas, ni siquiera exclusividad de los puros chilenos. Tenemos ocasión de constatar esto todos los días, en las salas de reuniones, en el Tavelli o al interior de nuestros domicilios, donde el latero se deja caer por vía telefónica para darnos “con la vara larga”. Nos aburre, sugiere Kant, porque no nos divierte ni nos conmueve. Tópicos recurrentes de lateros de fuste son las admirativas descripciones de Nueva York, las novedades cinematográficas del mundo (o las que no podremos acceder jamás en Chile) o las actividades del servicio secreto israelí.

El latero es atemporal: pertenece a todas las ciudades y a todas las épocas. Persiguió a Horacio por las calles de Roma y a Diderot por las de París.

La mayor paradoja urbana probablemente se deba a que el verdadero cosmopolitismo difícilmente lo encontraremos en Santiago.

Viña es una ciudad que se basta a sí misma en términos psicológicos. Los viñamarinos que conozco tienen algo en común: un plácido desdén, una falta de urgencia que no es necesariamente lentitud. Cuando uno habla con uno de ellos tiene la sensación de que puede explayarse con total libertad, sin ropa tendida. Es decir, sabe que puede llegar a afirmar, por ejemplo, “me carga Viña”, sin que al interlocutor se le pase por la cabeza ofenderse.

Semejante cosmopolitismo es escaso en Chile, país de alegones, reivincaciones y homenajeadores. La gente de provincia frecuentemente se indigna por la falta de conocimiento que los demás tienen sobre sus lugares de origen y no soporta discrepancias sobre la belleza y/o bondades de estos lugares.

Un rasgo de la naturaleza que ha calado hondo en nuestro carácter son los terremotos.

Los detractores de Muñoz Ferrada decían que una persona que anunciaba temblores los 365 días del año inevitablemente tenía que achuntarle alguna vez con un pronóstico. Exageraban, por cierto, y me parece que Muñoz Ferrada fue mucho más que esa caricatura. Entregó su vida a la más chilena de las motivaciones: vislumbrar los mecanismos de un fenómeno inquietante y devastador cuyo modelo está impreso en el disco duro del alma nacional.

Y es que los terremotos han fraguado no solo nuestros hábitos y memoria colectiva, sino también algunos de nuestros rasgos característicos. Alguien me dice en sueños que el problema es que hace tiempo que no hay un terremoto: las energías se acumulan no sólo en las placas telúricas sino en las paredes del sistema nervioso de los habitantes de las zonas sísmicas. La teoría es medio patagüina, pero algo tiene de atendible. A veces parece que se siente el tambor lejano de esa llamada: el deseo de arrasar con signos y perifollos, y comenzar otra vez desde cero el triste chivateo de la especie.

DIECIOCHO Y SU OBLIGADA PICARESCA

Nunca tomamos a tiempo la precaución de huir al extranjero para las festividades patrias. La verdad es que dan pocas ganas de tolerar una vez más en la vida los redoblados estímulos visuales, acústicos, olfativos y conceptuales que campean en estos días de confusa celebración. Hace ya una semana que vienen preparándonos en la televisión para lo que se aproxima. Lo más desagradable es el tono de picardía que adoptan los periodistas para hablar de la chicha y el énfasis que ponen cuando dicen “un buen pie de cueca”.

No es muy decoroso estar alegando siempre por las realidades colectivas de las cuales nos ha tocado en suerte participar. Pero el Dieciocho

es, por lejos, el escenario más obligatorio, más ruidoso y más unánime de todos los que se nos plantean sin consultarnos la opinión. Las radios más empaquetadas del dial FM, esas que se pasan el año tocando música “orquestada”, nos infiltran en la mente “en el curso de nuestros numerosos desplazamientos en taxi” arpegios de arpa y voces académicas que recitan con pronunciación atildada cuestiones como “cogollito de laurel” o “bien poco caso me hiciste, china de mi corazón”.

El asunto es que “aparte de la cueca, que tiene la belleza de lo salvaje” las producciones folclóricas suelen ser fallidas, mentirosas y, en el peor de los casos, chovinistas, cuando el tipo que canta aprovecha de declarar lo mucho que quiere a Chile como si ése fuese un tema de interés. Uno podría haber supuesto en algún momento que el tiempo se encargaría de carcomer las canciones de Los Huasos Quincheros y de otros huasos equivalentes, esas canciones narrativas que nos abismaron en la infancia y cuya impostura descubrimos mucho después. Pero no ha sido así: seguimos escuchándolas mientras caminamos por el centro, proveniente de esos parlantes municipales solapados en las cornisas de los edificios. “¿Qué es eso del gallo pelado, que salta la tapia y se queda enredado?” ¿No se trata acaso de un personaje de manual de situaciones campesinas? “¿Qué es eso de la otra que va a vender quesitos frescos a la ciudad?” ¿Por qué el marido no trabaja y se pasa de la mañana a la noche parado en la puerta del rancho? Ah, fastidio.

El Dieciocho es una fiesta desordenada y excesiva. Ya no sé si existen la sal de fruta Eno o el Yastá, pero los isotipos de esas marcas en algún momento entraron a la galería de los símbolos dieciocheros, y bien podrían haber estado impresos en guirnaldas. Aun el individuo que no tiene gran voluntad de participar en nada termina involucrándose en algún asado laboral, vecinal o familiar, con la consiguiente pateadura al hígado. Se come en verdad demasiado, más allá de las capacidades humanas. Los asados, por su desorganización, presentan este problema: que los comensales están tragando en forma permanente, sin darse cuenta de la magnitud de la ingesta. En el asado se trabaja todo el rato a la vez que se come todo el rato. Es el peor invento de sociabilidad culinaria que pueda concebirse, al margen, por cierto, de los festines de los caníbales o de las panzadas de chanchos semicocidos de las recónditas tribus del África meridional.

Otra tarea colectiva de septiembre son los volantines, juego ancestral al que los chilenos le hemos dado nuestro propio sello.

Septiembre se identifica generalmente con el mes de los volantines en Chile. Al insinuarse los primeros vientos primaverales comienzan tímidamente los volantines espontáneos, encumbrados por los niños desde canchas de fútbol o desde los techos de sus casas.

Decía Oreste Plath que en Oriente la práctica de elevar volantines corresponde a una especie de sinfonía en la que cientos de cometas especialmente diseñados para arrancarle zumbidos al viento, se elevan a prudente distancia unos de otros. En nuestro país, en cambio, el juego aéreo tiene características algo más violentas: acá se impone la competición donde de preferencia el volantín chico se empeña en enredarse con el grande para echarlo por tierra.

Qué feos son los volantines chilenos, siempre acolchonados en el horizonte, yendo de un punto a otro en una especie de descontrol nervioso.

No deja de ser curioso que los juegos nacionales supuestamente vernáculos sean juegos de destreza. Hay que tener habilidad manual y espíritu de pícaro para divertirse con ellos. Trátase del volantín, del trompo, de las bolitas, del palo encebado o del emboque, siempre habrá que conocer “la pillería”.

DIME CÓMO HABLAS....

Desde hace un par de años vengo escuchando a la distancia la palabra “proactivo” y en los últimos días me la he topado más de la cuenta. No sé bien qué significa ni cómo se escribe —si tiene guión entre medio o no—, lo que no impide que sienta por esa palabreja meteca el mayor de los desprecios. Porque intuyo que se usa fundamentalmente para molestar, para fregar la pita, para hacer la vida imposible.

Uno de los fenómenos irritantes que nos prodiga la realidad actual es el advenimiento de neologismos aparentemente serios, adoptados principalmente por periodistas y autoridades políticas. La extrema facilidad con que se utilizan expresiones nuevas para referirse a los mismos viejos asuntos, sólo demuestra que esta gente no piensa demasiado en las palabras, o no las ve o no las oye.

A mí me daría vergüenza, por ejemplo, hablar de “agenda país”, o de “tema país”. No porque crea en la misión de cuidar el lustre y esplendor de la lengua castellana, sino porque no me siento partícipe del segmento social que se agrupa tras el uso de semejante imbunche verbal. Y a propósito, tampoco podría referirme al paisaje nevado como “verdaderas postales norteamericanas”: lo que hay en ese símil es un pensamiento deficitario o una especie de falta de tino conceptual, algo a lo que la televisión informativa nos tiene acostumbrados. ¿Por qué cada vez que ven nevar piensan en postales?

La otra vez un señor me preguntaba por qué ahora todos dicen “en situación de calle” para referirse al estado de los vagabundos urbanos o de la gente que carece de alojamiento. No tengo idea, me imagino que es por flojera o por la necesidad de impostar seriedad. Es extraño, pero hay profesiones que demandan no sólo proceder con seriedad, sino además actuarla, representarla y enfatizarla.

Nadie que no necesite compensar una sospecha nebulosa respecto a su seriedad profesional, puede echar mano a un eufemismo siútico como “en situación de calle”. En la esfera informal, por ejemplo, si a uno le tocara relatar un episodio callejero ante un grupo de oyentes, dirá “me encontré con un vago”, o “me encontré con un viejo del saco”, pero jamás “me encontré con un ciudadano en situación de calle”.

El hecho es que con la palabra “proactivo”, me cuentan ahora, se pretende señalar un cúmulo de características vinculadas a la iniciativa, a “tener iniciativa”. Es decir que no basta, por poner un caso, con que yo escriba medianamente bien, con que no les dé demasiado trabajo a los editores y con que entretenga a los lectores. Debería ir más allá: convencer clientes, abrir mercados, propagandearme en el extranjero, idear libros, hacer lobby, granjearme entrevistas, pechar premios y sacarme fotos. O, principalmente, me temo, hacer como si dominara mi campo propio y el de los demás: actuar de ganador y de canchero, no admitir dudas y estar preparado para adjudicarle mis errores a los sujetos más débiles o desprotegidos de mi entorno.

Peor aún es nuestra tendencia a evitar llamar a las cosas por su nombre. Ciudadanos que pagan a sus *empleadas domésticas* una soldada penosa, consideran de mal gusto que se las llame empleadas. Se refieren a ellas como *nanas*. Asesora del hogar, en tanto, una expresión estúpida que

se trató de imponer hace unas décadas, es utilizada muy minoritariamente por la burocracia municipal o por la crónica roja. No deja de ser una curiosidad, por lo demás, que la palabra *empleada* haya sido en su momento eufemismo para *sirvienta*.

Eufemismos, para todos los gustos y disgustos: *gay*, *tercera edad*, *etnia*, *minusválido* y, el mejor chiste del año, hace un par de años trabajadora sexual por *prostituta*.

El lenguaje también delata los grandes cambios que nuestra sociedad ha experimentado. Antes se hablaba de “gimnasia bancaria” para dar cuenta de la carrera diaria que algunas personas efectuaban entre un banco y otro. Ahora el término está en desuso, pero no el fenómeno. Esta misma mañana he debido correr (en taxi) hacia una oficina donde se me entregó un cheque, luego desplazarme hacia un banco donde me lo pagaron en efectivo, más tarde apurarme en depositar el turro en mi propio banco y luego —exánime— transferir la suma por la vía electrónica a una persona a quien se la debía.

Las colas de los bancos son una especie de castigo para que no creamos que estamos en un mundo de facilidades extremas. Son una evocación del Chile premoderno, demasiado reciente como para que su recuerdo no nos produzca escalofríos, sobre todo a los infelices que en la pubertad tuvimos que pagar la pertenencia a una familia haciéndole los trámites a los mayores.